

Paquita Suárez Coalla

LA MIO VIDA YE UNA NOVELA

TESTIMONIOS
DE LAS MUJERES DEL CAMPO
DE ASTURIAS

 trabe

Uviéu, 2021

ÍNDICE

Veinte años más tarde. Unas palabras a la segunda edición de <i>La mio vida ye una novela</i>	9
La herencia de las mujeres	17
Los testimonios	21
Agradecimientos	25
Lucía Fernández Fernández	27
Aurora Fernández Valledor	39
Dolores Areces Vega	51
Josefa García Aparicio	65
Lucinda Álvarez Rodríguez	79
Josefa Alonso Fidalgo	95
Elisa y Margarita López Valdés	109
Rosa Estrada Valdés	121
Artemina López Alonso	145
Honorina y Maruja Miranda Gutiérrez	159
Inés Gancedo Alonso	175
Angelita Álvarez Pérez	187
Fernanda Coalla Fernández	197
Araceli López López	209
María Emilia Álvarez Rodríguez	219
Nota final	235
Glosario	239

VEINTE AÑOS MÁS TARDE
UNAS PALABRAS A LA SEGUNDA EDICIÓN
DE *LA MIO VIDA YE UNA NOVELA*

El veintiséis de septiembre del 2020 –un año marcado en la historia mundial por la pandemia del COVID– moría en Güiles de Candamo mi tía-abuela Fernanda, la última de las mujeres de este libro de testimonios que recopilé a finales del siglo pasado que quedaba viva. Nanda, que hubiera cumplido 92 años el pasado mes de febrero, murió a pocos metros de la casa en que nació, en la compañía de su hijo menor y de una nuera que la atendió hasta el final de sus días como si se tratara de una madre. Muy lejos quedaban ya los tiempos ásperos de necesidades básicas que tuvo que vivir de niña cuando, protegida principalmente por el afecto de aquella familia numerosa en la que se crio, fue viendo muy pronto cómo sus hermanas y hermanos tenían que dejar aquella aldea hermosa en la que les había tocado nacer y salir a buscar un trabajo que les permitiera tener un plato de comida diario a la hora de comer y un cuarto pequeño y una cama a la hora de dormir. Lejos quedaban también los años amargos de un matrimonio difícil y complejo en el que a los sacrificios y responsabilidades que se le vinieron encima en cuanto su esposo enfermó de gravedad, trabajando en la mina, se le sumaron las desavenencias y desencuentros constantes con la familia inmediata de su marido.

Por suerte, hacía ya muchísimo que la vida de mi tía Nanda se había encauzado de tal manera que los últimos capítulos de

su biografía quedaron marcados por el tono de una existencia más o menos feliz.

Recuerdo que cuando hace ahora veinte años se publicó la primera edición de *La mio vida ye una novela*, en octubre del 2001, había llegado a poner el punto final del libro con la sensación de haber contribuido a visibilizar la historia de estas mujeres con las que aprendí a descifrar el mundo y con la satisfacción de haber sido testigo de la gratitud que casi todas sentían por haber podido disfrutar de una serie de comodidades que las hizo sentirse ricas y por haber llegado a ver a sus hijos, nietas, sobrinos... ocupando muchos de los espacios que en su época ocupaban de forma exclusiva, y también abusiva, los más privilegiados. La vida, que había sido demasiado dura y difícil durante mucho tiempo con ellas, se había ido suavizando al final de su existencia y únicamente los malestares físicos propios de la edad ocupaban ahora el lugar desapacible de las penurias con las que se encontraron nada más nacer.

De las 17 mujeres que entrevisté en el verano de 1999, solo tres de ellas –Rosa, Angelita y Milia– estuvieron los últimos años de su vida en una residencia de ancianos. Las demás murieron en la misma cama de la casa en la que habían pasado la mayor parte de su vida adulta, cerca de sus familiares más próximos y, en casos como el de mi abuela Lucía o mi tía-abuela Nanda, atendidas por esas nueras que sacrificaron parte de sus días y sus noches para hacerles más llevaderas a esas mujeres las dolencias de la vejez. Tengo que obligarme a recordar –porque el recuerdo no me gusta– las veces que mi madre se quedó en casa, mientras los demás hacíamos alguna excursión o algún viaje cercano, para que mi abuela no estuviera sola. Y las veces que también mi madre se levantó a aliviar las noches de insom-

nio de su suegra, ya casi centeneraria, a costa de destrozarse sus patrones de sueño y de comprometer su propio descanso. Mi madre, que tiene ahora 77 años, pertenece a esa generación de mujeres de las que aún se esperó con demasiada frecuencia que se ocuparan naturalmente de los demás, siendo los demás casi todos menos ellas: sus hijos, sus padres, sus suegros, sus maridos. Sospecho que muy pocas se verán atendidas cuando les haga falta —que, en realidad, ya les hace— de la misma manera que ellas atendieron, y que no muchas recibirán los mismos cuidados que en su día de ellas recibimos porque el camino que nos trazaron a sus hijas y a sus hijos para que no heredáramos su mismo esquema biográfico nos desvió demasiado de la ruta de nuestras propias casas y privó a nuestros mayores del enorme poder analgésico que el afecto presencial tiene.

Reconozco que escribo este prólogo a la segunda edición de *La mio vida ye una novela* con una mezcla de sentimientos encontrados. Por un lado, se me hace difícil ignorar esa emoción incómoda que me produce ver, con impotencia, cómo las circunstancias en las que les toca hacerse mayores a las mujeres que pertenecen a la generación de mi madre son ahora menos amables que aquellas en las que muchas de las mujeres del libro vivieron —mercedamente— los años de la vejez. Pero por otro lado, tengo que celebrar que el libro haya sido acogido con el cariño con el que sé que tanta gente lo acogió y que, dos décadas más tarde, aún exista la necesidad de hacer una nueva publicación de los testimonios. Es una satisfacción enorme saber que la vida de todas esas mujeres, a cuyo linaje pertenezco, tiene sus propias líneas en la historia y que el anonimato en que vivieron es ahora un poco menos anónimo. Igualmente satisfactorio es estar al tanto de que algunas profesoras y pro-

fesores de escuelas e institutos lo usen como libro de referencia en sus clases y, de esta manera, les den a los más jóvenes la oportunidad de asomarse a ese mundo que constituye la memoria inmediata de la Asturias rural. Solo esto hubiera sido suficiente para sentirme gratificada por un trabajo en el que hace veintidós años puse toda la fe y pasión que se puede poner a un proyecto pero, a punto de publicarse esta nueva edición, me veo en la necesidad de compartir una historia –tan inesperada como sorprendente– que superó cualquier expectativa con respecto al destino de este libro y que sucedió en Cuba, esa isla del Caribe que fue lugar de acogida de tantísimos asturianos a finales del siglo XIX y principios del siglo XX.

La historia empezó, exactamente, en octubre del 2018 cuando fui a La Habana para participar en un coloquio sobre la experiencia de los latinos en los Estados Unidos en Casa de las Américas, y en un acto de homenaje a la escritora, y gran amiga mía, Sonia Rivera Valdés en un centro comunitario de La Habana Vieja llamado Quisicuba. La lingüista Denise Ocampo –a quien no conocía– fue la encargada de presentar este evento y, pocos días antes de viajar a Cuba, se comunicó conmigo por correo electrónico para pedirme que le enviara el relato que iba a leer durante el acto de homenaje a Sonia. Le envié un cuento relacionado con la emigración –titulado «Pilar»– que había escrito hacía unos años. No pasó mucho tiempo cuando recibí otro correo suyo en el que me decía que el cuento le había gustado y que toda la parte de la aldea y del clima que sirve de escenario a la historia le había resultado familiar. Denise Ocampo, nieta de asturianos de Santesteba, en el concejo de Illano, y de Pola de Allande, emigrados a Cuba en los años veinte, me contaba que había pasado su infancia